

LA SOCIOLOGIE EST UN SPORT DE COMBAT. Documental de Pierre Carles sobre Pierre Bourdieu. 2h26. RESEÑA: Carmen Guarini.

Pierre Carles filma el trabajo intelectual y esta no es una frase menor porque en este caso se trata de filmar un trabajo de un bajo nivel de visibilidad, de materialidad. Un trabajo donde no hay máquinas, ni rutinas gestuales, ni grandes despliegues escénicos. Un trabajo donde la mayor parte de la escena está ocupada por la palabra misma, por el discurso.

Carles trata de mostrar en qué consiste trabajar de sociólogo. Y para eso seguirá durante tres años a un científico social bastante particular, Pierre Bourdieu.

Bourdieu acepta el reto de la cámara y se dispone a desplegar ante ella los avatares y las pequeñas piezas que componen su tarea. Discutir con discípulos, responder entrevistas, asistir a conferencias, participar en debates, organizar cuestiones administrativas, reuniones de trabajo, y sobre todo el viajar, los desplazamientos físicos, son todos elementos de una actividad aparentemente poco rutinaria, rica en emociones y en discusiones que llenan la vida de este sociólogo a tiempo completo.

Carles logra darle visibilidad al combate cotidiano que emprende el autor de *La miseria del Mundo*. Bourdieu en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, tratando de elaborar con un grupo de trabajo indicadores del neo-liberalismo, dando conferencias, cursos, dialogando con Gunter Grass, dando una entrevista en una radio asociativa sobre las desigualdades sociales, tratando a un grupo de jóvenes de Val-Fourré de «imbéciles, si ustedes no leen, si ustedes rechazan el trabajo intelectual. El movimiento obrero ha muerto de anti-intelectualismo. Sé más de ustedes que ustedes mismos!» O en momentos únicos como en su escritorio descubriendo una carta que le envía Jean Luc Godard.

Y aunque el film está construido desde un lenguaje narrativo simple y directo, sin intervenciones personales de su autor ni comentarios ad hoc Carles no logra salir del registro de los momentos de la presentación pública de Bourdieu. De alguna manera esto gana el film. No se trata de filmar al sociólogo

en el trabajo sino al sociólogo en acción, en un momento de su tarea donde la palabra ya ha sido elaborada. Son escasos los momentos en donde se registra el proceso de producción misma. Tal vez el único momento en que se esboza es cuando Bourdieu está en reunión con sus colaboradores aunque es una escena que seguramente por razones de montaje aparece bastante sintetizada.

Es indudable que el proceso de producción intelectual es de difícil representación. Quizás por su misterio, por su ambigüedad, por su menor pulso de actividad. A lo largo de casi todo el film vemos el despliegue de una palabra que adivinamos repetida, discutida, escrita y corregida, pero no podemos asistir a tales procesos. Carles fue «ganado» por los momentos de acción, en lugar de resistir a ese nivel de «actividad evidente» y apostar a taladrar la superficie de este sociólogo tan particular para dejarnos entrever elementos menos conocidos de su personalidad.

Carles nos permite descubrir (para quienes no lo han visto con frecuencia) o volver a ver (para quienes Bourdieu es una figura del paisaje familiar) toda la potencialidad de un militante de la sociología. Pero no al hombre que hay en el sociólogo y que sin duda atraviesa y condiciona con toda su subjetividad, como él mismo postula hasta el cansancio, su producción intelectual.

Asistimos a algunos momentos que pueden resultar tediosos ya que se trata de largos párrafos o casi monólogos (aunque editados) de Bourdieu. Tal longitud pareciera explicarse cuando en una entrevista a una periodista él mismo manifiesta que necesita cierto tiempo para poder elaborar y expresar su pensamiento, razón por la cual no le gusta que lo interrumpan durante una respuesta (por más larga que ésta parezca) por la misma razón que quizás no le gusta plegarse a los tiempos televisivos, tan manipuladores con el tiempo de los entrevistados.

Hasta aquí todo parece explicarse como un film de observación de una profesión «en acto». El film respira cierto excesivo «respeto» por la palabra del personaje que no gusta de ser interrumpido. Hay algo del orden del espectáculo en el discurso del protagonista. Hay elementos de la profilmia, de la actuación «desnaturalizada» por la presencia de la cámara, o más bien alentada por ella, que permiten aportar cierto nivel de familiaridad, de cotidianidad, como por ejemplo en la escena en que discute con su secretaria.

Hacer un film sobre tal personaje seduce. Y Carles fue inteligente en su elección. Bourdieu aseguraba por sí mismo un público de científicos sociales e intelectuales interesados en el film.

Bourdieu destila energía y una exposición pública que es toda una definición política en sí misma. Sin embargo también se deslizan algunos elementos que dan cuenta de saber muy bien «que el producto debe venderse»,

es muy elocuente la escena con Lois Wacquant, a quien de una manera un tanto paternalista le recomienda no perder tiempo y sentarse a escribir libros porque el tiempo pasa muy rápido.

El título del film retoma una fórmula lanzada por Bourdieu durante una emisión de la radio Droit de Cité, donde intenta redefinir su oficio y su utilidad. «La sociología es un deporte de combate. Uno debe servirse de él para defenderse pero no debe utilizarlo para hacer actos malos».

La sociología no puede ser entendida como un modo de explicar y justificar a posteriori el sistema y sus relaciones, debe dar un combate que sirva para transformar en algo el mundo.

Después de todo, como el mismo Bourdieu les enrostra a algunos jóvenes cansados de los discursos oficiales y que le gritan en la cara (tal vez en una de las escenas más interesantes del film) su hartazgo de la retórica vacua y distante de los intelectuales, que nadie debe renunciar a los instrumentos de comprensión del mundo que tienen a su alcance después de todo, concluye, «Ser un intelectual no es una enfermedad».